

PROLOGO

El equipo de investigadores del proyecto Conflicto Social y Violencia del CINEP, dentro de su preocupación por los aspectos estructurales del desarrollo colombiano, ha venido prestando especial atención a los procesos relacionados con la construcción de los imaginarios colectivos, la configuración de la identidad nacional colombiana, las singulares relaciones entre religiosidad y política, así como a los rasgos específicos de la evolución política y cultural colombiana en el contexto del desarrollo latinoamericano.

El presente número de *Controversia* incluye el trabajo de Fabio López de la Roche, "Cultura Política de las Clases Dirigentes en Colombia: Permanencias y Rupturas" y cuatro de las ponencias presentadas al Seminario-Taller sobre Cultura y Política en Colombia organizado por el CINEP en marzo de 1990, con participación de investigadores de diferentes disciplinas sociales de Bogotá, Cali, Medellín y Popayán.

Este Seminario reunió a sociólogos, historiadores, politólogos, psicólogos sociales, antropólogos y comunicadores alre-

dedor de un objetivo central: adelantar una reflexión interdisciplinaria acerca de las relaciones entre distintas esferas de la cultura (la religiosidad, la vida cotidiana, la psicología social, los imaginarios y las mentalidades, los procesos étnico-culturales, los fenómenos comunicativos, la identidad nacional, la estructura familiar, etc.) y el desarrollo político.

La idea de organizarlo surgió del convencimiento de que es imprescindible e inaplazable una indagación en profundidad sobre la especificidad de nuestra conformación cultural. Esta tarea, a nuestro modo de ver fundamental con miras a reconocernos en una tradición, sólo recientemente ha empezado a plantearse desde las ciencias sociales. Durante mucho tiempo la consideración de estos fenómenos estuvo marcada por una visión marxista mecanicista que reducía la cultura a la "superestructura", una especie de epifenómeno o de "reflejo" de la estructura económica y social.

La autonomía de lo cultural, su incidencia —en ocasiones determinante— sobre los procesos políticos, económicos y sociales, apenas empiezan a interesar a politólogos y sociólogos políticos. Pareciera que dimensiones de la vida social como la cotidianidad, la religiosidad, el imaginario colectivo o la identidad nacional, no fuesen lo suficientemente "serias" como para merecer su constitución como objetos de estudio de la sociología o la ciencia políticas.

Mientras en otras latitudes de América Latina se han adelantado numerosas investigaciones sobre la materia, y se ha avanzado en la formulación e implementación de políticas culturales desde el Estado, en Colombia sólo hasta julio de 1990, finalizando la administración Barco, ha sido posible la consideración del desarrollo cultural como un proceso sujeto a políticas de planeación, y su inclusión en los planes del Consejo Nacional de Política Económica y Social CONPES. Este paso es, sin duda, importante y refleja unos nuevos niveles de comprensión de la pertinencia de la reflexión sobre la cultura y las políticas culturales.

No obstante, se hacen cada vez más necesarios desde la comunidad académica esfuerzos adicionales de profundización en los aspectos estructurales de la especificidad colombiana que puedan ayudar a dar luz sobre las nuevas realidades socioculturales que estamos experimentando.

Un segundo propósito que estimuló la realización del Seminario-Taller y que anima igualmente la presentación de esta obra es precisamente el de tratar de hacer claridad sobre lo que nos ha pasado culturalmente a los colombianos en los últimos treinta años.

Nuestra sociedad ha experimentado en el siglo XX un proceso de transición supremamente complejo y extenso en el tiempo, que está lejos de haber gestado unos perfiles medianamente acabados (unas formas determinadas de familia, unos valores y reglas del juego generalmente aceptados, una identidad nacional medianamente coherente y visible, etc.). El país ha cambiado sustancialmente desde finales de los 50 hasta nuestros días. Sin embargo, a los colombianos se nos dificulta percibir esos cambios, en parte por el mismo desarrollo político gradualista (no revolucionario y carente de rupturas políticas profundas y visibles) propio de nuestro país.

Fenómenos tales como la desandinización del país, su desprovincianización y apertura al universo, la urbanización, el desarrollo e incidencia cultural de los medios de comunicación de masas, la evolución de la identidad nacional y la afirmación de las identidades regionales, la mayor incidencia de las comunidades étnicas, las formas de cohesión social o de anomia que están experimentando las ciudades, o el proceso de secularización, son sólo algunos de los cambios que requieren ser pensados tanto por el académico como por el ciudadano común, con miras a saber qué sociedad tenemos y poder así incidir adecuadamente sobre sus realidades.

La ausencia de claridad acerca de estos procesos está generando numerosos bloqueos y dificultades de comprensión del presente por parte de distintos actores políticos y sociales

de la vida colombiana. Un ejemplo claro de esto puede verse en el manejo de la simbólica nacional que se hace desde el Estado o desde las propuestas publicísticas de los partidos políticos. Esta simbología, en muchas de sus expresiones (el escudo, el himno, las festividades, etc.), aparece aferrada a realidades del siglo XIX y es incapaz de dar cuenta de los perfiles contemporáneos del hombre colombiano.

La presente *Controversia* se inicia con el trabajo de la antropóloga María Victoria Uribe, "El bipartidismo como encubridor de la venganza de la sangre: la Violencia en las zonas rurales andinas".

En él la autora señala las motivaciones de índole veredal, familiar o grupal que se escondían detrás de muchas masacres aparentemente cometidas sólo por móviles de sectarismo político, durante la Violencia en el Tolima. En particular, se refiere a la venganza de la sangre como expresión de la manera de operar de las lealtades primarias que sustentaban la identificación de los campesinos con su partido político.

Plantea así mismo la relación que se daba en la época entre los niveles nacional, regional y local, tres planos a la vez independientes e interrelacionados. Lo anterior es particularmente sugestivo cuando se explicitan las diferentes formas en que se reciben los discursos partidistas, tales como los enarbolados por Laureano Gómez y Gaitán.

El historiador César Augusto Ayala en su ponencia "Los orígenes del Anapismo como variante colombiana del populismo 1959-1965", subraya el carácter religioso del populismo de Rojas, a diferencia del de Gaitán, su inspiración en los textos de las encíclicas y las calidades del general como "maestro de la sintonía con la conciencia de los colombianos de entonces".

Ayala observa las diferencias entre el Rojas del 53-57 y el de los 60 y la transición experimentada en la visión de los colombianos, del Rojas "infame", "delincuente", "tirano", a

“víctima del Frente Nacional”. El Rojas de los 60 va a reivindicar contra el pacto bipartidista de cúpulas al pueblo “pordebajado” en una especie de Frente Nacional por abajo. El trabajo muestra además las distintas fuerzas que confluyen en la ANAPO: el gaitanismo, el alzatismo, sectores de la línea dura del MRL, etc. Resalta también Ayala en su ponencia las dificultades de la izquierda para comprender el potencial antifrentenacionalista del rojismo y cómo los mejores proyectos contrahegemónicos de los 60 no eran precisamente los de la izquierda.

La psicóloga social Myriam Ocampo nos presenta su trabajo “La construcción de la identidad nacional colombiana: aproximación a la formación de la conciencia de pertenencia (un estudio de psicología política)”.

La investigadora analiza los resultados de una indagación al interior de un grupo de estudiantes de la Universidad del Valle acerca del sentido de la relación establecida por ellos con Colombia, vista como sociedad cultural y política.

Partiendo del concepto de “identidad” entendida como la representación social de sí mismo y de los grupos de pertenencia, los estudiantes son interrogados a través de una encuesta a cuyas preguntas responden de dos maneras: con la vivencia de sí mismos (el ego, “yo como colombiano...”), y con la idea de la vivencia del otro (el alter, “ellos los colombianos...”).

Ocampo, analizando el contenido de las imágenes evocadas como expresión de la identidad personal y colectiva colombiana, anota cómo “el regionalismo, la falta de patriotismo, la deshonestidad, los cambios bruscos de temperamento, son defectos comunes al yo y al grupo”. Otra reflexión supremamente sugestiva es aquella de que “la astucia, la viveza, son cualidades cuando se trata de definir al yo pero significan una amenaza cuando califican al grupo”.

Este trabajo incluye, además de un aspecto antropológico orientado a sondear la actitud hacia Colombia como sociedad

cultural, un segundo plano dirigido a mirar las representaciones que del sistema político y las instituciones tienen los colombianos.

El psicoanalista José Gutiérrez en su ponencia "Psicoanálisis de las costumbres políticas colombianas" se refiere a la suspicacia colombiana como "un recelo arraigado en la base misma de la simpatía" y anota que a la reacción contra el "manzanillismo" como imposición de políticos oportunistas y venales "se debe lo principal del escepticismo y del recelo de los colombianos". Matizando esta idea, Gutiérrez observa cómo "si no hubiera existido el 'manzanillo' los políticos colombianos se parecerían más a los reyes y su dominio hubiera sido absoluto". El autor afirma que "en suma, todos los colombianos somos 'manzanillos' y nos rodeamos de 'lagartos' cuando queremos influir sobre la vida colectiva (...) El 'lagarto' necesita de un pequeño rey para sentirse vinculado al poder social". Subraya cómo "en esta especie de juego se ha ido conformando una disposición democrática que tiene un profundo valor educativo, sin la cual no hubiera sido fácil superar el absolutismo de un poder central alejado por su incapacidad de cada una de las células sociales de Colombia. Pero también se ha creado un modo de socialización hondamente basado en el poder, que nos aleja del aprecio de las ideas, de los valores provenientes del mérito y la fortaleza internas, y de la solidaridad social".

El trabajo de Fabio López de la Roche constituye un intento de generalización acerca del desarrollo de las estructuras culturales en Colombia durante el siglo XX y en particular sobre algunos aspectos del imaginario y de las actitudes y valores de las élites dirigentes.

La primera parte, denominada "Los rasgos de intolerancia en nuestra cultura", se detiene en el análisis del proyecto político y cultural de la "Regeneración" de Rafael Núñez y muestra los elementos de oposición a la modernidad (al liberalismo político, al librepensamiento, al sindicalismo, etc.), de homogeneización cultural y de intolerancia hacia el diferente, que entrañaba la alianza estrecha del conservatismo con una

Iglesia antimoderna, hija de la reacción decimonónica contra la Revolución Francesa.

El autor aborda luego el período de la Violencia y muestra cómo la dinámica de los odios partidistas condujo a la exacerbación del principio de "con los míos, con razón o sin ella". El Frente Nacional y la apertura del país en los 60 a una serie de influencias modernizantes contribuyeron a la disminución de la intolerancia política y cultural. No obstante, viejos problemas no resueltos (la fragmentación del poder político, la ausencia de un monopolio de la fuerza por el Estado) y fenómenos nuevos como la difusión de la teoría de la seguridad nacional y la recepción acrítica de la experiencia revolucionaria cubana, contribuyeron a la permanencia de muchas actitudes de intolerancia y de negación del lugar del "otro".

La segunda parte, "Democracia sin pueblo, frustración populista y nacionalismo informe", rastrea los orígenes y la evolución de las prevenciones antipopulares de las élites, las inconsistencias de su nacionalismo y las implicaciones positivas y negativas de la frustración del populismo en Colombia.

La tercera está dedicada a mirar los rasgos decimonónicos presentes en el Estado y la vida política colombiana y la cuarta precisa las ambigüedades de nuestra tradición civilista que coexiste contradictoriamente con altas dosis de violencia y con la apelación frecuente de las clases dirigentes al estado de sitio y a formas autoritarias y represivas de resolución de los conflictos sociales.

La quinta parte, "Los méritos históricos de la cultura política de las élites", intenta valorar los aspectos positivos de la cultura política de las clases dirigentes: su vocación occidentalista, el carácter de estadistas de algunos de sus miembros más representativos, así como su tradición intelectual y periodística.

La última parte está dedicada a plantear las dificultades existentes en los distintos actores políticos y sociales de la

vida colombiana (los militares, la Iglesia, la guerrilla, los partidos políticos, la izquierda, etc.) para una relectura crítica de su pasado y para el abordaje sincero de nuestra historia contemporánea.

Fabio E. López D.
Bogotá, diciembre de 1990